

Extracto del libro “Amor y Anarquía. Mi vida en Alemania y con Luis Andrés Edo”, de Doris Ensinger, Ed. Icaria, Barcelona, 2016, pág. 252 a 254.

El compañero con quien Luis estaba más estrechamente relacionado era, sin duda, Liber Forti. La mayoría del tiempo vivía muy lejos, en Sudamérica. A veces pasaba también temporadas largas en París debido a uno de los frecuentes golpes militares que le obligaron a abandonar Bolivia, país donde se había asentado. Una vez leí: “*Conocer a Liber Forti es empaparse de calidez y una apabullante humanidad.*” Lo mismo experimenté: en mi paso por París, en el verano de 1980, le llamé para transmitirle un mensaje de Luis. En efecto, hablar con él, unos cuantos minutos, significaba dejarse llevar por su voz cálida. Sus palabras eran como una caricia. Sentí enseguida que no había nada fingido en lo que decía, que absolutamente todo venía del corazón.

Le conocí mejor durante una visita a Cochabamba en 1991, y después cuando estuvo semanas o meses en Barcelona, a partir de 2000. Las separaciones temporales y geográficas no tuvieron ninguna importancia para la relación de estos dos hombres, tampoco la ausencia de cartas durante largo tiempo. Una vez Liber se quejó al parecer de un largo silencio. Luis le contestó: “*N-O / H-A-Y / F-A-L-T-A / D-E / C-O-M-U-N-I-C-A-C-I-Ó-N entre nosotros. Simplemente no hay cartas; es el aspecto más anecdótico de la comunicación. Cuando las cartas de mis amigos no me llegan, me las imagino.*”

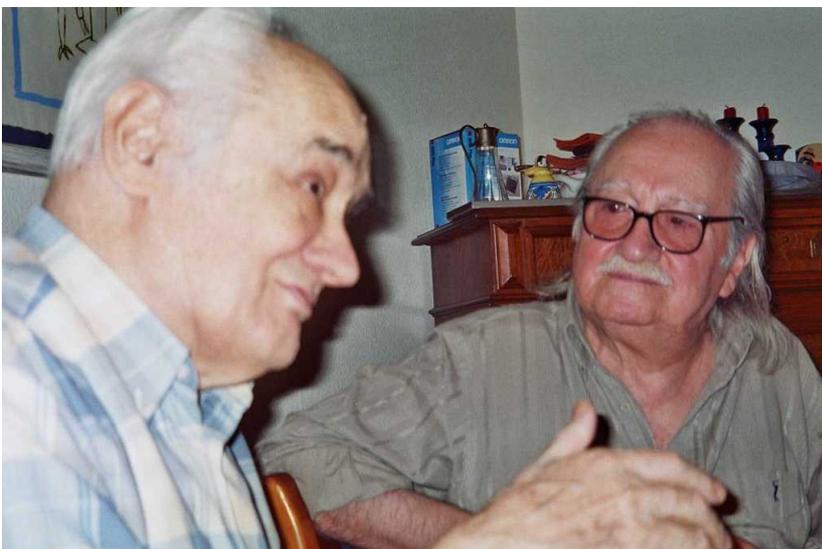
El saludo entre los dos amigos al reencontrarse era extraordinario: muy emocional, lleno de aprecio mutuo, de cariño y de una ternura conmovedora que no he visto en otros compañeros. Después del largo abrazo retomaban el hilo de la conversación como si la hubieran interrumpido el día anterior. Normalmente, Liber entraba sin más *in media res*, contando, como testigo de acontecimientos históricos sobresalientes, uno de los innumerables episodios de su increíble vida de luchador por la libertad. Recordaba a los personajes que había conocido a lo largo de su vida (nació en 1919), de varios países latinoamericanos. Hablaba con predilección del escritor español Rafael Barrett emigrado a Sudamérica a principios del siglo XX (le gustó citarle con las palabras: “*El horizonte está cargado de nubes pero en nuestro corazón sonríe la aurora*”), o de León Felipe. Cumplió con uno de los deseos de este poeta que él mismo no había podido realizar: viajar a Auschwitz para recitar allí el poema titulado y dedicado *A todos los judíos del mundo, mis amigos, mis hermanos* y que acaba así:

¿... Me habéis entendido poetas infernales?

*Virgilio, Dante, Blake, Rimbaud...
¡Hablad más bajo!...
¡Tocad más bajo! ¡Chist!
¡¡Callaos!!
Yo también soy un gran violinista...
Y he tocado en el infierno muchas veces...
Pero ahora, aquí...
Rompo mi violín... y me callo.*

Una de las pasiones de su vida era el teatro que, como asesor cultural de la COB, la Central Obrera Boliviana, llevó incluso a las minas. Creó el grupo “Nuevos Horizontes” y una revista del mismo nombre a través de la cual realizó su labor teatral-pedagógica. Luis le solía llamar “el gigante del Cono Sur”, nombre que se había ganado, entre otras cosas, precisamente con su trabajo con los mineros cuya dura vida intentó aliviar acercándoles a la cultura e inspirándoles con sus ideas de solidaridad y humanidad. Le costaba mucho convencer a aquellos hombres acostumbrados al maltrato diario y a las humillaciones. Una vez contó, con lágrimas en los ojos, que le habían contado que iban trabajar más y mejor después de haber recibido unos azotes por el capataz. Los patronos y sus cómplices en las minas habían logrado pervertir por completo a estas personas.

Podía hablar durante largo tiempo, Luis escuchando cautivado, absorbiendo los relatos. Pero Liber, el gran conversador, también podía callarse y escuchar a Luis. Eran como dos hermanos gemelos. La amistad entre ellos duró desde los primeros años sesenta, cuando se conocieron, hasta la muerte de Luis. Tan sensual, emocional como es Liber, esta amistad y este amor habrá sentido seguramente hasta su propia muerte. Les unió precisamente el AMOR, escrito con mayúscula, que hacían sentir en todas sus relaciones y que estaba en todo lo que hacían.



Después de la muerte de Luis, Liber me preguntó con la tristeza más profunda: “¿A quién contaré ahora mis historias?” También me preguntó: “¿Qué piensas cuando entras en el salón y ves el sillón vacío?” Pues, hasta hoy veo a Luis sentado ahí, con el

periódico, haciendo su crucigrama diario, leyendo un libro o hablando por teléfono con un amigo o compañero, fijándome con su mirada un poco burlona o sonriéndome. Al despedirse para volver a Bolivia, pocas semanas después, Liber me dijo, con una expresión absolutamente desolada, que había luchado toda su vida por un mundo mejor pero que cuando se muriera nada habría cambiado. Se refirió, desde luego, al sueño de los anarquistas de crear un mundo más justo, más humano, más libre. Luis nunca perdió el optimismo, la esperanza de que algo cambiara, siempre veía una luz en el horizonte. Cuando se fue, el mundo estaba muy revuelto, camino de nuevo hacia un sistema autoritario, quizás incluso totalitario, vigilado, dirigido por una superestructura de pocos, con todas las libertades y los derechos fundamentales en peligro de ser recortados aún más. Quizás no hay que ser tan pesimista y creer en lo que dijo una vez José Luis Sampedro: *“Vivimos la decadencia del sistema, pero la historia no se acaba. ¿Otro mundo es posible? No señor: otro mundo es seguro.”*